LA FORMACIÓN PERMANENTE COMO FIDELIDAD AL MINISTERIO SACERDOTAL Y COMO PROCESO DE CONTINUA CONVERSIÓN

LOPE RUBIO PARRADO, DIRECTOR ESPIRITUAL
ASPIRANTADO MOSÉN SOL
HUIXQUILUCAN, MÉX. MÉXICO

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v54i189-190.523>

Presentación (124); I. Definición (127); 1.1. Cambio epocal (128); 1.2. Momento de flexión (129); II. ¿Nuevo momento de la formación permanente? (131); III. Fidelidad y conversión continuas (132); 3.1. Al servicio amistoso de la verdad (133); 3.2. Aprender a convivir (135); 3.3. Amar y dejarse amar (140); 3.4. Acompañar y dejarse acompañar (146); 3.5. La conversión pastoral (149); 3.6. Convertirse a la belleza y a la contemplación (152); 3.7. Aprender el arte de envejecer (157); IV. Hacia una cultura de la formación permanente (164); Conclusión (165).

PRESENTACIÓN

*Luz tan mía, tan fiel y tan
poco duradera, por la que sé que soy
sencillo de reseña¹.*

Tomo prestadas estas palabras de mi paisano el poeta zamorano Claudio Rodríguez. Por una parte, agradezco la amable y un tanto desmesurada presentación. Sí agradezco particularmente, la invitación que me ofrecía la oportunidad y la disculpa para regresar a esta casa y a este espacio con el que tanto soñé y un poco trabajé para que el sueño fuera realidad gozosa y bella.

Pero lo de que *soy corto de reseña* sí me viene bien ajustado pues toda mi vida sacerdotal -ya 47 años bien cumplidos- han estado dedicados al servicio de los futuros o de los ya sacerdotes: Salamanca, Toledo, Madrid, Roma, Paraguay, de nuevo Roma y ahora con seminaristas en México, tal vez en un intento de comprar juventud o el deseo de vender experiencias.

Y ya que he citado México, de donde vengo ahora, permitirme que a modo de metáfora o de razón simbólica que se escribe hoy, traiga a cuento una página de la novela de Salvador de Madariaga. *Corazón de piedra verde*. Dicen los críticos actuales que es la obra que mejor sintetiza la fusión de dos culturas y el encuentro de multitud de creencias en la fe cristiana. Cuenta el autor que *Xuchitl*, hija de un rey otomí y de madre azteca, casada con el segundo de Hernán Cortés, después de su conversión y bautismo, llevaba siempre al cuello una medalla de la Madre y el Niño, regalo de Don Alonso, su marido, en el día de su compromiso. Tiene la princesa sobre la mesa de su alcoba un cuadro flamenco con la misma imagen y una noche penetra una luz que baña de luminosidad misteriosa todo el espacio. Un rayo de luz que une y enfrenta la máscara de turquesa de Uitzilópoctli y la de la Virgen con su Niño. La Virgen sonreía al planeta femenino como a una amiga a quien se entiende sin palabras.

¹ Rodríguez, C., en el poema *Una luz*. Alianza y Condena, 1965.

- *Sí, dijo la máscara a la Virgen, me has echado. Y ahora estás tú donde estuve yo siglos enteros. Pero somos dioses y no medimos el tiempo con el mismo reloj que los hombres.*

- *Yo soy modesta -contestó la Virgen- Las mujeres somos así. Y me contento con salir ganando por ahora.*

- *¿Y cómo sabes que aún por ahora sales ganando? Ahí estás sentada entre los hombres con tu Niño en brazos, para darles el espectáculo de la dulzura, de la paciencia y de la abnegación. Pero cuanto más te miran, más piensan en mí. Cuanto más te ceden, más me pertenecen. Cuanto más aman, más matan.*

- *No cuando aman con mi amor -replicó la Madre sonriendo al Niño...*

- *La máscara miró a la Virgen con desdén... Al fin y al cabo, sentimental como mujer... ¡Y aún te atreves a alzar la voz contra los sacrificios humanos!*

- *Te compadezco, pobre dios de las tinieblas. No ves la diferencia entre un dios que exige una víctima humana cada día y un Dios que se ofrece a sí mismo cada día como víctima a los humanos. Mi Hijo da a los hombres todo lo que tiene y ellos no podrán nunca pagárselo ni aun con toda una vida de abnegación.*

- *¿Y qué esperanza les das?... mis aztecas son un pueblo de guerreros que no entienden de dar y tomar como cosa de cambio. Sólo comprenden la guerra. Y saben perfectamente que con los dioses no hay más que dar. Darlo todo. La vida... No, créeme, no. Continuarán los sacrificios humanos, pero a dioses más bajos que nosotros.*

La Virgen tomó un rostro grave: - Mis hombres y mis mujeres lo evitarán. Mezclarán su sangre y su alma con la sangre y el alma de tu nación. En el fondo de las generaciones venideras, río de aguas mezcladas, triunfarán mi alma y mi espíritu sobre tu espíritu y tu alma. Tu nación transfigurará sus energías animales en canción, color y forma. Construirán vastos templos de belleza, bosques de piedra a la gloria del Señor, donde sus almas arderán como cirios ante los altares de mi Hijo².

² Madariaga, S. de, *El corazón de piedra verde* Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 2007, 10ª, 496-498

Tomo esta imagen porque pertenezco a una generación de presbíteros que circulaban por las aulas de la Universidad Pontificia de Salamanca en las mismas fechas en que la Unesco en su encuentro de Montreal, en 1960, acuñó por vez primera de forma oficial la expresión *FORMACIÓN PERMANENTE* y en los días en que el hoy Beato Juan XXIII anunció la celebración del Concilio Vaticano II el 25 de enero de 1959. Y éramos ya sacerdotes el 11 de octubre de 1962 cuando todo el mundo católico, y singularmente los sacerdotes jóvenes, contemplábamos alucinados el espectáculo de la apertura del Concilio. Fue entonces como una explosión de esperanza.

Pero todo concilio supone una confrontación poderosa de hombres y de ideas, Es un tesoro de gracia... y una obra común que aguarda. Los sacerdotes son el primer dique de esa confrontación. Los textos que habíamos aprendido, ya no nos servían ni para las futuras clases, ni para la predicación. También el modelo sacerdotal anterior entraba en crisis; en ocasiones saltaba hecho añicos y el choque era inevitable. Estaban en la misma arena modelos que deseaban el cambio de manera positiva y otros que luchaban a brazo partido por evitar que las aguas se mezclaran y se fundieran en una única corriente. Unos y otros, volviendo a la leyenda de la Virgen y el Niño, en muchas ocasiones no acertaron a *transfigurar sus energías en canción, belleza y color de formas nuevas*.

También es cierto que tuvimos la suerte de contar con un plantel espléndido de sacerdotes que no sólo nos contaron el Concilio sino que, una vez clausurado, nos lo transmitieron en ejemplares presbíteros postconciliares fieles y rejuvenecidos. Aludiendo a nuestro tema diríamos que fieles y convertidos; mejor aún, sacerdotes tomados por una fidelidad continua y una conversión permanente.

Por su parte el papa Juan XXIII recoge la palabra *aggiornamento*, utilizada ya por sus predecesores, y nos convoca a la hermosa aventura de sacudir la rutina, a no perder el equilibrio ante el *ritmo del vértigo* de los tiempos nuevos y a estar atentos a la naciente civilización que Teilhard de Chardin llamaba *planetaria* y lo expresamos hoy con el repetido vocablo de *globalización*.

En nuestro caso la Formación Permanente adquiere carta de ciudadanía en el Sínodo sobre la Formación de los Sacerdotes en la situación actual que tiene lugar en octubre de 1990 y se concretará en la Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis* de Juan Pablo II fechada el 25 de Marzo de 1992.

Entremos, por tanto, directamente en el tema.

I. DEFINICIÓN

Como punto de referencia podemos tomar el capítulo VI de PDV y más en concreto el número 70 en el cual, entre otras cosas, leemos:

*Los padres sinodales han expuesto la razón que muestra la necesidad de la formación permanente y que, al mismo tiempo, descubre su naturaleza profunda, considerándola como **fidelidad al ministerio sacerdotal** y como **proceso de continua conversión** (Proposición 31). Es el Espíritu Santo, infundido con el sacramento, el que sostiene al presbítero en esta fidelidad y el que lo acompaña y estimula en este camino de conversión constante. El don del Espíritu Santo no excluye, sino que estimula la libertad del sacerdote para que coopere responsablemente y asuma la formación permanente como un deber que se le confía. De esta forma, la formación permanente es expresión y exigencia de la fidelidad del sacerdote a su ministerio, es más, a su propio ser. Es, pues, amor a Jesucristo y coherencia consigo mismo.*

Los Sínodos de los Obispos han sido un instrumento precioso de *recepción* del Concilio, de manera fiel y dinámica, encontrando claves y líneas vertebradoras por una parte, y propagando sus enseñanzas y preparando actitudes al ritmo de la vida de la Iglesia y de la humanidad en el postconcilio, por otra. Son, sin duda, pasos importantes en la recepción las cuatro Exhortaciones Apostólicas postsinodales, dedicadas a las cuatro vocaciones en la Iglesia: a los fieles cristianos laicos, a los presbíteros, a los religiosos y consagrados, y a los obispos. Las cuatro son muy ricas en contenido y estimulantes de cara al futuro. Hoy nos fijaremos principalmente en la Exhortación *Pastores Dabo Vobis*, centrada en la formación básica para los candidatos al sacerdocio ministerial y en la formación permanente de los sacerdotes³.

³ Blazquez, R., *Notas sobre Pastores Dabo Vobis* en Surge, n.627-628, 3-4

1.1. Cambio epocal

El cambio tan fuerte que ha investido a la sociedad y a la Iglesia en los últimos decenios ha hecho emerger como un dato necesario y urgente, a todos los niveles, edades y ámbitos, la Formación Permanente (FP). La aceleración de la historia, sobre todo a partir de los sesenta del siglo pasado, ha colocado al hombre -también al sacerdote- ante un desafío inevitable si no quiere ser arrastrado por los acontecimientos y despertarse *viejo* y *retrasado* ya a partir de los 40-45 años.

Tenemos que admitir que el concepto de FP no ha sido claro desde sus comienzos y tal vez hoy necesita superar nebulosas para dar respuesta acertada para la finalidad a la que está llamada. Poco a poco se he ido clarificando tanto a nivel psico-pedagógico como eclesial y teológico a partir de la Conferencia sobre la educación organizada por la Unesco en Montreal en 1960 y en la cual parece que fue la primera ocasión en que oficialmente se habló de EDUCACIÓN PERMANENTE⁴.

Consideremos que el acontecimiento de Montreal tuvo, entre nosotros, una doble vertiente: Por una parte nos colocó ante el desafío de la necesidad y de la urgencia de la FP; por otra, al tratarse del campo de la educación/instrucción se interpretó tal formación como un esfuerzo para situarse en el ámbito permanente de de las ciencias teológico-filosóficas o de las técnicas pastorales; con la consecuencia de dejar fuera de la misma tal vez algunas de las áreas más importantes de la formación permanente del sacerdote: o que algunos grupos de presbíteros, por su especialización en las ciencias eclesiásticas o por su edad, se consideraran disculpados de los planes formativos. Este hecho, aunque no único, explica el fallo de ciertos programas de FP que no consiguieron una respuesta convencida a los mismos.

Porque hemos de admitir que inicialmente la FP se concebía también en la Iglesia, como un instrumento para llenar los vacíos de la formación inicial y para dar respuesta a los nuevos interrogantes de la sociedad en un momento de crisis y de transición aún no superada sino más bien *globalizada* por la fuerza de los hechos y por la comunicación de los medios cada día más generalizados. Adelantemos que el tema de la relación

⁴ Gambino, V., *La formazione permanente del presbitero nell'Esortazione Apostolica PDV. Una svolta culturale*. Piazza Armerina, 2000, 157

entre la formación inicial y la permanente no está aún resuelto si bien desde hace unos años el léxico se va inclinando a escribir y hablar de la formación continua. Incluso en algunas *Ratios* nacionales ya se expresa la necesidad sin aportar soluciones concretas y, sobre todo, no está aún *codificado* a nivel universal. Esperamos que la nueva Ratio que se está preparando por parte de la Congregación para Educación Católica, asuma e integre las experiencias y sugerencias presentadas al respecto tanto por los expertos como por las Conferencias Episcopales.

En un segundo momento, que para la Iglesia la colocamos en la celebración del Concilio y su aplicación, los primeros años se toma plena conciencia del cambio epocal, pero las respuestas que se dieron fueron en plan voluntarioso y siempre identificando la FP con las adquisición de *saberes o técnicas pastorales*.

De la constatación de este hecho surge el empeño de organizar la FP de un modo sistemático teniendo en cuenta las indicaciones señaladas en los Decretos *Christus Dominus* (n.16), *Presbyterorum Ordinis* (n. 19) y *Optatam Totius* (n.22); las indicadas por la Congregación del Clero en su Circular a las Conferencias Episcopales Inter Ea de 1970 y las expuestas por el papa Juan Pablo II en su carta a los sacerdotes para el Jueves Santo de 1979 y las que encontramos en el Código de Derecho Canónico de 1983.

Pero una lectura detenida de los citados documentos nos hacen ver que la formación sacerdotal aún se sitúa preferentemente en el plano de las ciencias, aunque todos ellos repitan las palabras de Christus Dominus: la situación espiritual, intelectual y material (n.16) y el Código, por citar el último documento en orden cronológico nos dirá en su canon 279 que *Aun después de recibido el sacerdocio, los clérigos han de continuar sus estudios sagrados... y han de asistir frecuentemente a lecciones de pastoral que deben establecerse... mediante las cuales se les ofrezca la oportunidad de profundizar en el conocimiento de las ciencias sagradas y de los métodos pastorales*.

1.2. Momento de flexión

A mi modo de entender el cambio de interpretación y la forma de entender la FP se va a producir en la carta de Juan Pablo II a los sacerdotes del Jueves Santo de 1979 y con la celebración del Sínodo de los Obispos sobre la Formación Sacerdotal y más claramente en la Exhortación

Apostólica PDV en 1992, ya que como afirma Costa, hasta ese momento la FP se había centrado en la *simple adquisición de saberes*⁵.

Definición y finalidad de la Formación Permanente según Juan Pablo II

A). En la carta a los sacerdotes del 8 de abril de 1979, n.10, el papa subraya:

- La *conversión* y la oración como primera y última condición de la FP;
- Que es un *trabajo continuo sobre nosotros mismos*;
- Que la FP mire a la *vida espiritual* del sacerdote, como a la pastoral e intelectual (notemos el cambio de orden y cómo habla de vida espiritual y no solo de formación);
- Que *debe continuar toda la vida*;
- *En consecuencia -escribe- todos debemos convertirnos cada día. Sabemos que ésta es una exigencia fundamental del Evangelio, dirigida a todos los hombres y tanto más debemos considerarla como dirigida a nosotros...*

Convertirse quiere decir 'orar en todo tiempo y no desfallecer'. La oración es en cierta manera la primera y la última condición de la conversión, del progreso espiritual y de la santidad...

*La oración debemos unirla a un trabajo continuo con nosotros mismos: **es la formación permanente**. Como recuerda justamente el Documento emanado acerca de este tema por la Sagrada Congregación del Clero, tal formación debe ser tanto interior, o sea, que mire a la vida espiritual del sacerdote, como pastoral e intelectual... que debe continuar toda la vida, especialmente en el tiempo actual, caracterizado por un desarrollo general de la instrucción y la cultura...*

*Es necesario convertirse a diario, descubrir cada día de nuevo el don recibido de Cristo mismo en el sacramento del Orden, profundizando en la importancia de la misión salvífica de la Iglesia y reflexionando sobre el gran significado de nuestra vocación a la luz de esta misión*⁶.

⁵ Costa, M., *La formazione Permanente* en *Seminarium*, 4 (2003)

⁶ Texto íntegro en L'Ósservatore Romano, Ed. En lengua española del 15 de abril de 1979, 9-12. También en *Seminarios*, 72 (abril-junio 1979) 221-235.

B). Años más tarde, Juan Pablo II dedica un memorable discurso a los sacerdotes de la Diócesis de Roma, el 13 de febrero de 1997, a la *Formación Sacerdotal*. Es cierto que han pasado años y ha ocurrido el Sínodo y ha aparecido PDV, pero merece la pena recordarlo por que en él:

- Nos ofrece una clave definitoria de la F.P: *La formación permanente del sacerdote es un modo de mantener vivo en nosotros el don y el misterio de nuestra vocación;*

- Señala a continuación la finalidad de la FP en estos términos: *El fin primario y fundamental de la formación permanente es, precisamente, la ayuda recíproca en el camino de la santificación sacerdotal (n 2); La formación nos sostiene en el camino hacia la santidad llamándonos cada día a la conversión (n 3).*

- Coloca a Cristo como *centro de nuestro compromiso* y, por tanto - añade- *es muy oportuno que la formación permanente de los sacerdotes tenga como tema y referencia central a Jesucristo, su persona y su misión. Cuanto más crezcamos en nuestra relación con El, más aún, en nuestra identificación con El, tanto más nos convertiremos en auténticos sacerdotes y misioneros eficaces, abiertos a la comunión y capaces de comunión, porque tomamos mayor conciencia de ser miembros del único cuerpo, cuya cabeza es Cristo*⁷.

II. ¿NUEVO MOMENTO DE LA FORMACIÓN PERMANENTE?

Han pasado quince años desde la publicación de la Exhortación Apostólica PDV. Todos somos conscientes de que en los ambientes presbiterales no se deja de hablar del tema de la FP. Por una parte, la necesidad es más sensible y la sienten especialmente quienes tienen la responsabilidad de ofrecerla y, sobre todo, de acompañar a los sacerdotes.

Por otra parte, como afirma un experto en el tema y cuya carta de presentación puede ser la de una dedicación permanente a los sacerdotes, las ofertas de FP no han decrecido, pero al mismo tiempo se constata que

⁷ Texto en L'Ossevatore Romano, Ed. En lengua española, del 21 de Febrero de 1997

los resultados no son satisfactorios por una mezcla de apatía de los destinatarios.

Él mismo responde que considera nos encontramos en un buen momento para hacer un nuevo planteamiento de la FP y que es cuestión de aprovecharlo⁸. Yo mismo, y en la misma fecha, escribía que la FP se refiere a *esa novedad permanente* que tiene su propio fundamento y su razón de ser original en el dinamismo del Sacramento del Orden y en su necesidad para discernir esa continua llamada en fidelidad y en gozo.

Todos debemos convertirnos cada día. La FP nos sostiene en el camino hacia la santidad llamándonos cada día a la conversión.

El título de mi intervención habla de fidelidad al ministerio como proceso de continua conversión dentro del marco de la FP.

III. FIDELIDAD Y CONVERSIÓN CONTINUAS

Me gustaría simplemente aportar algunas ideas para aprovechar ese momento oportuno del que nos hablaba el maestro Saturnino Gamarra. Por ello me voy a limitar a señalar algunas de aquellas **conversiones continuas** a las que debe servir de cauce la FP para garantizar, en lo humanamente posible, la fidelidad a las nuevas llamadas que nos llegan estando ya plenamente insertos en el ejercicio del ministerio. Las ofrezco sin ánimo de pronunciar palabras últimas, sino de compartir lo que yo mismo he vivido y pensado a lo largo de mi ya larga trayectoria ministerial y sin pensar en agotarlas. En concreto me referiré a las siguientes CONVERSIONES:

- Al servicio amistoso de la verdad
- Aprender a convivir
- Amar y dejarse amar
- Acompañar y dejarse acompañar
- La conversión Pastoral
- Convertirse a la belleza y a la contemplación

⁸ Gamarra, S., *¿Nuevo momento de la Formación Permanente?* Surge, 58 (2000) 321

- Aprender el arte de envejecer
- Hacia una cultura de la Formación Permanente en Fidelidad y Conversión.

3.1. El servicio amistoso de la verdad

Se trata de la conversión a la verdad de nuestro mismo ser sacerdotal y del servicio a esa verdad. Porque si la vida es *formación permanente*, es *más que nada formación para hacer la verdad, para comunicar y estar en la verdad, todos los días de la vida*⁹.

La verdad que nos hace libres porque nos ayuda a madurar ya que la búsqueda de la verdad forma parte de la misma vocación del hombre. Amar la verdad que quiere decir no servirse de ella, sino servirla; buscarla por sí misma, no plegarla a las propias utilidades y conveniencias. La que nos hace sabios y no silos de datos o almacenes de verdades o adquisiciones humanas.

Convertirse a la verdad *que es la luz de la inteligencia humana*, como les predicaba Juan Pablo II a los jóvenes en su carta de 1985. De otra forma se puede uno perder en la *distracción* o en la *dispersión*, al decir de San Agustín y, por tanto, condenados a vivir en lo accidental. Todo esto tiene que ver con las dispersión ministerial que conduce a ser víctima de la dictadura de lo accidental convirtiéndolo en absoluto; a confundir urgente con necesario o imprescindible.

Y, aceptando, como nos recuerda el mismo San Agustín que la verdad es *a veces dulce y a veces amarga*, pero que añade el santo, *incluso cuando es amarga produce salud*. Por eso mismo, nos dice Juan Pablo II que la verdad de Cristo debe ser orada, creída y amada.

Convertirse a la verdad exige **humildad** *porque Dios es Verdad suma y la humildad es andar en verdad*¹⁰. A este pensamiento de Santa Teresa se une el de Gandhi *para descubrir la verdad, se necesita, ante todo, tener mucha humildad: para penetrar en el corazón de ese océano que es la verdad, hay que decidirse a no ser nada*¹¹.

⁹ Cencini, A., *La verdad de la vida. Formación cristiana de la mente creyente*. Ed. San Pablo, Madrid, 2008, 5-6

¹⁰ Santa Teresa de Jesús en *Castillo Interior*. Moradas 6, 10, 8, en *Obras completas*, Sígueme, Salamanca, 1997, 704-705.

Es la verdad que reside en el corazón del hombre, a la que aspiramos y que existe a pesar de nuestras debilidades. La verdad es lo primero que hay que buscar. La belleza y la bondad se nos darán por añadidura como nos dice la enseñanza verdadera de Cristo en el sermón de la montaña.

El papa Pablo VI en la inolvidable Exhortación sobre la Evangelización nos dejó este espléndido pensamiento: *De todo evangelizador se espera que posea el culto a la verdad, puesto que la verdad que él profundiza y comunica no es otra que la verdad revelada y, por tanto, más que ninguna otra, forma parte de la verdad primera que es el mismo Dios* (78).

Ahora bien, estamos hablando de verdad y de formación. La pregunta que surge es si existe una formación en la verdad justamente para poder servir desde ella ya que un servicio que no sea verdadero deja de ser servicio para convertirse en cualquier otro sucedáneo del mismo y que en el caso del servicio ministerial sería una perversión del mismo ministerio y dejaría de ser servicio a quien es *la Verdad*.

Es una pregunta legítima. Porque es un tema central. Porque como afirma Cencini *la sensación es que existe un área o una problemática del sentido, de descubrir y dar sentido, de la exigencia psicológica y espiritual de ser veraces y del camino para llegar no solo a 'decir', sino también a 'hacer' la verdad, de la capacidad para captar el significado auténtico del vivir en sus infinitas facetas, el contexto radicalmente pascual de una auténtica búsqueda de la verdad*¹². Por tanto, se puede y debe preguntar si existe una formación inicial y permanente en la verdad y qué significa tal formación.

El sacerdote, predicador de la verdad, debe prepararse para captar *las áreas de la vida humana y de la personalidad de todo ser humano allá donde el hombre corre el peligro de la mentira o de una existencia menos verdadera o de una personalidad que, aunque sea creyente, no sea lo bastante creyente*¹³. Que esté ordenado de sacerdote y no sea lo bastante presbítero.

Tal vez, parangonando a Benedicto XVI cuando diferencia esperanzas y la gran esperanza, tendríamos que hablar de verdades pequeñas, perso-

¹¹ Citado en *Todos los hombres son hermanos*. Ed. Atenas, Madrid, 1988, 101

¹² Cencini. A., oc, 74. El texto completo en pp. 74-83

¹³ Ibid., 83

nales, y Verdad Grande o mejor de la confusión entre unas y otra. Bruno Forte en su libro *Esencia del cristianismo* escribe: *Aquello de lo que hay más enfermos hoy día es de la 'falta de pasión por la verdad': este es el rostro trágico de la posmodernidad. En el clima del nihilismo que se ha difundido, todo conspira para inducir a los hombres a no pensar más, a huir del esfuerzo y de la pasión por lo verdadero, a abandonarse a aquello de lo que se puede disfrutar inmediatamente, de lo que se puede calcular con el sólo interés del consumo inmediato. Es el triunfo de la máscara, rehuyendo la verdad: incluso los valores son reducidos frecuentemente a coberturas que hay que enarbolar para esconder la ausencia del significado*¹⁴.

La traducción para el presbítero es suficientemente clara como para no necesitar más concreciones. Pensemos en el binomio que a veces nos imponemos, entre trabajo pastoral y resultados; entre lo que somos y la máscara con la que ocultamos nuestra realidad personal y ministerial; entre el activismo y la eficacia pastoral, etc. Porque no basta con prepararse para conocer e interpretar la verdad –estaríamos en el campo de los saberes– se debe dar el paso a una formación continuada para no vivir en cualquier grado de mentira personal, ministerial o de testimonio. Solamente siendo *sacerdote, solo sacerdote y siempre sacerdote* podrá el presbítero ofrecer lo que Bonhoeffer denomina *el servicio amistoso de la verdad*. Capítulo primero, por tanto, de la conversión sacerdotal.

3.2. Aprender a convivir

Hablando de comunión y de convivencia no nos referimos a uniformidad, sino a conseguir la *armonía constructiva entre gracias y cualidades distintas*. El conocido maestro de espiritualidad sacerdotal Joan Esquerda Bifet escribe acertadamente que *Aprender a convivir es uno de los puntos básicos del itinerario formativo. Se necesitan convicciones profundas de fe y actitudes cristianas de donación, para aprender a respetar, apreciar, escuchar, acompañar, colaborar. Es, por tanto, un proceso continuo de conversión, como apertura a Cristo presente en medio de los hermanos y en cada uno de ellos. Las diferencias de carácter y de gracia pueden ayudar a aquilatar la caridad*¹⁵.

¹⁴ Forte, B., *La esencia del Cristianismo. Sígueme, Salamanca, 2002, 18*

Partimos de la convicción de que toda comunidad eclesial debe ser comunión de hermanos. Las modalidades de esta comunión fraterna variarán según los estados de vida y la propia vocación: familia, presbiterio, vida consagrada, asociación sacerdotal y otras. Pero debemos recordar que el camino comunitario supone un entresijo maravilloso de gracia y naturaleza. Suma y cruce de temperamentos, culturas, situaciones existenciales, que sólo un ideal grande y común como el sacerdocio puede unir armónicamente las diferencias de cada persona y de cada grupo. Gracias distintas, valores humanos distintos, tareas, edades, ministerios...¹⁶

Ya nos han salido las palabras **aprendizaje y formación**. Porque en definitiva nos movemos en el campo de la comunión, cuyos *espacios han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de cada Iglesia. En ella, la comunión ha de ser patente en las relaciones entre obispos, presbíteros y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales*¹⁷.

Ya indicábamos que no se trata de uniformar. Un grupo que quisiera basarse en la uniformidad, estaría en un proceso de destrucción de personas y comunidades llegando a imposiciones de poderes o incluso de ambiciones más o menos solapadas, también fácilmente encontradas en los cultivos clericales. Sólo la vida divina participada, por ser vida de Dios Amor, puede unificar armónicamente sin destruir. Cada comunidad cristiana es *la casa y la escuela de la comunión*. Solo siendo *comunión*, la Iglesia podrá responder también a las profundas *esperanzas del mundo*. Lo que supone promover un camino de *espiritualidad de comunión* como principio educativo... *donde se forman los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales*¹⁸.

Espiritualidad de comunión igualmente equidistante de la uniformidad y del egoísmo, puesto que trata de hacer crecer la capacidad de sentir al hermano como a uno que me pertenece para saber compartir sus alegrías y sufrimientos, para intuir sus deseos y atender sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad... capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro para acogerlo como regalo y valorarlo

¹⁵ Esquerda Blfet, J., *La misión al estilo de los apóstoles*. BAC, Madrid, 2004, 101

¹⁶ Ibid, 103

¹⁷ NMI, 45

¹⁸ NMI, 43

como donación de Dios... saber dar un espacio al hermano, llevando mutuamente la carga del otro (Gal 6, 2) y rechazando las tentaciones personalistas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

La formación permanente debe incidir en este cambio espiritual a fin de que los instrumentos externos no sean *medios sin alma*, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento¹⁹.

Bajando todo esto a la vida fraterna entre sacerdotes, recordemos que PDV nos indica que el presbítero está llamado a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y la paz (n 18). El presbiterio es una *verdadera familia sacerdotal* (Ch D 28) es una realidad sobrenatural (PDV 74); una realidad de gracia. La vida comunitaria en la familia sacerdotal de cada Iglesia particular es una exigencia del sacramento del Orden a tenor de LG: *en virtud de la común ordenación sagrada y de la común misión, los presbíteros todos se unen entre sí en íntima fraternidad, que debe manifestarse en espontánea y gustosa ayuda mutua, tanto espiritual como material, tanto pastoral como personal, en las reuniones, en la comunión de vida y trabajo y de caridad* (n. 28).

Por eso PO la llama *fraternidad sacramental* (n. 8), como exigencia del sacramento del Orden y como signo eclesial eficaz de evangelización. Si *el presbiterio es el lugar privilegiado en donde el sacerdote debiera poder encontrar los medios específicos de santificación y de evangelización* (Dir. 27), uno de los medios fundamentales para conseguirlo es la vida comunitaria, según sus diversas modalidades. La vida apostólica —o estilo de vida de los apóstoles— se centra en el seguimiento a Cristo, en la misión y en la vida fraterna. Todo sacerdote está llamado a vivir esta vida fraterna que se irá concretando en compartir y ayudarse²⁰.

Aquí entra de lleno la formación permanente. Los fallos de vida comunitaria sacerdotal pueden superarse si existe, por una parte, una formación previa. Así nos lo dice el Código de Derecho Canónico: *Mediante la vida en común en el seminario y los vínculos de amistad y compenetración con los demás, deben prepararse para una unión fraterna con el presbi-*

¹⁹ NMI, 43

²⁰ Esquerda Bifet, J., oc,107-108

terio diocesano, del cual serán miembros para el servicio de la Iglesia (c. 245).

Por otra parte, la vida comunitaria concretada en sus elementos esenciales: encontrarse, compartir, ayudarse, será garantía de convivencia fraterna entre sacerdotes de diversa edad y condición: diocesanos y religiosos, párrocos, docentes, agentes de pastoral, servidores desde la curia, generaciones diferentes. Especialmente manifestado con quienes están más necesitados: enfermos, ancianos, aquejados de cualquier fragilidad psicológica o afectiva.

La atención a esta dimensión sí que le corresponde a la FP a fin de que el mejor servicio que el presbiterio ofrezca a la Iglesia local sea el testimonio de fraternidad, que es signo eficaz de santificación y de evangelización y, por tanto, es ya *un hecho evangelizador*²¹. Justamente en el año 1992, año de la PDV, Bertola escribía que *hacerse sacerdote es entrar en una comunidad fraterna, íntima y sacramental, que vincula estrechamente los ministros entre sí, pues están vitalmente unidos a Cristo. La fraternidad sacerdotal no es un lujo o un premio, sino una vocación, un compromiso y un don*²².

¿Cómo puede la FP servir de cauce efectivo para que el sacerdote pueda gozar siempre de ese don? Creo que fundamentalmente cuidando las relaciones interpersonales:

- Colaborando a romper el aislamiento y estableciendo un clima de relación interpersonal profundo y cordial;
- Superando el hecho de que las relaciones no se apoyan en ser sólo equipo de trabajo;
- Que la vida fraterna no se apoye en sentimientos mutuos de simpatía, aunque se cultiven relaciones cálidas y afectuosas;
- Que se apoye en el sacramento del Orden y en el ministerio como relación estructurante;
- Considerando como rasgo esencial y englobante el compartir *no sólo un espacio de tiempo o una parte de bienes, sino todo*

²¹ Decreto de Puebla, 663

²² Bertola, C., *Fraternidad Sacerdotal*. Ed. Atenas. Madrid, 1992, 117-120

*y de forma continua, incluso los problemas, deficiencias y pecados del hermano*²³;

- Posibilitando espacios de comunicación abierta y transparente que comprendan el mundo de los sentimientos, de la información, de lo que se vive y se trabaja, de las situaciones familiares y de las amistades personales;

- *Llegando a compartir la Palabra: la experiencia de Dios, la vivencia de la propia fe y vocación, el descubrimiento de la presencia de Dios en la historia que se vive y, por lo mismo, en los impulsos del Espíritu que la dirige*²⁴.

El Beato Manuel Domingo y Sol, fundador de la Asociación Sacerdotal Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, expresaba hace más de un siglo este nivel de intercomunicación con las siguientes palabras: *No ser corazones cerrados, ni caracteres abstraídos, de los que no se sabe nunca ni por qué caminos andan. Todos nuestros intereses son comunes. Seamos abiertos. Hemos de obrar como si lo hiciéramos todo en medio de la plaza. Fuera misterios y tortuosidades de conducta y excentricismos de carácter. Expansión y abertura. Sencilla y constante manifestación de nuestro estado, de las circunstancias que nos rodean... Dar a conocer lo que hacemos, lo que pensamos y qué pensamos hacer*²⁵.

Vivir en comunidad, matiza Esquerda Bifet, no es un formulismo ni una simple convivencia, sino una presencia activa, auténtica y humilde de cada uno de sus componentes. Se aprende a dar y a recibir gratuitamente, sin hacer pasar sobre los otros los propios problemas, a fin de que cada uno se realice según los planes de Dios Amor, se sienta amado y capacitado para amar²⁶.

²³ Cencini, A., *La vida fraterna: comunión de Santos y pecadores*. Sígueme, Salamanca, 1998, 137-216

²⁴ Rubio Morán L., Inédito

²⁵ Escritos, I, 5º, 50

²⁶ Esquerda Bifet, J.-oc, 119

3.3. Amar y dejarse amar

Amados y capacitados para amar decíamos al terminar el apartado anterior. En una Iglesia comunión, debe dominar la comunicación afectiva y la atención recíproca entre los bautizados y entre quienes han recibido el don del Espíritu Santo en su ordenación sacerdotal. La relación, incluso con la jerarquía, no puede ser distanciada ni autoritaria. Debe ser interrelación afectiva, pues también ella puede equivocarse y no podemos negar la posibilidad de la corrección fraterna. Hay que escuchar las voces de nuestro tiempo para ser cada día mejor comprendida. Y esta escucha es especialmente grave para los pastores. Así puede surgir un nuevo rostro del presbítero, ya que es aquí donde están las raíces últimas de la crisis personal del sacerdote.

Llama la atención que los sacerdotes norteamericanos acusados de pedofilia, se presentan todos como arrepentidos; la mayor parte se arrepentían de haber traicionado una norma y sólo algunos del mal que habían infligido a las personas que les habían sido confiadas. Dejando a parte otros aspectos, emerge una idea de sacerdote que debe ser ejemplar en la observancia de la ley y no la idea del sacerdote que debe sentirse de forma concreta y afectivamente parte de la comunidad²⁷.

Entra, por tanto, en escena la personalidad humana del sacerdote y más en concreto aún, la forma como el sacerdote percibe su propia identidad de ser humano y, dentro de esta, la propia llamada y la propia identidad del sacerdote.

Si la crisis se sitúa en la inmadurez humana, su madurez es la que le da la posibilidad de ser a un tiempo él mismo y ministro ordenado en la Iglesia. Todos sabemos que madurez sacerdotal y madurez humana no se dan una sin la otra. La Iglesia de comunión pide una fuerte capacidad de relación humana, dialéctica y afectiva y con otra persona y con la comunidad de la que es pastor. Es el tema de la importancia de la relación de amistad y de intimidad -no necesariamente sexual- con otra persona. Nos estamos refiriendo, naturalmente, a una intimidad célibe que en ningún caso pone en tela de juicio el celibato²⁸.

²⁷ Cozzen, Donal., *Verso un volto nuovo del sacerdozio. Riflessione sulla crisi spirituale del sacerdote*. Queriniana, Bressia, 2002

²⁸ Chiaravalli, E., En la presentación de Cozzen, oc, 8.

Vayamos al tema de la formación para vivir un amor célibe. La formación permanente para amar y dejarse amar es un principio que ha de servir para todas las edades y circunstancias. Porque existe otra experiencia comprobada y es la de aquel número de sacerdotes que habiendo dejado el ministerio, pensaban que enamorarse era signo de vocación al matrimonio y que sólo en él se podían realizar como personas. Más tarde, en algunos se presentaban signos de infidelidad e incluso de cierto grado de rencor. Como contrapunto, en algunos de los que desean volver al ejercicio del ministerio, se constata que esa esperada realización no se consiguió y, por tanto, seguían presentándose en ellos signos de infelicidad.

En realidad lo que faltaba era una experiencia de esa unión íntima de comunicación con un amigo. Sin una auténtica amistad humana, la misma intimidad con Dios experimentada en la oración, en los Sacramentos, en los actos piadosos puede dejar el espíritu bastante desequilibrado. Más tarde se descubre que su amor a Dios se profundiza y enriquece mediante amistades célibes e íntimas con otras personas: amor, amistad, que trascienden su *amor ministerial* por los fieles que les han sido confiados.

La formación permanente tiene que ayudar al sacerdote a descubrir que la intimidad es un don. No se puede minimizar la intimidad conyugal, pero tampoco olvidar que al menos la mitad de la población mundial no está casada: niños, adolescentes, jóvenes, viudos y viudas, célibes, religiosos/as y los sacerdotes. Y, sin embargo, todos están llamados a vivir la imagen de Dios uno y trino que es relación y comunión personalizada.

Desde el punto de vista de las ciencias sociales se contempla como lógico el paso de una generación dominada por comportamientos morales a otra que se contenta con una vida más agradable: una existencia de felicidad, de relativo bienestar y de alegría de la intimidad y el amor, creyendo que se procura una cosa que es buena y noble. Por supuesto conseguido todo y de forma directa y rápida.

Parece como si la cultura actual o ciertos bancos de cultura no hubiera descubierto o ha olvidado la pedagogía del Evangelio: algunas cosas se consiguen renunciando a ellas; el que pierde la vida... la encuentra... Que se es feliz olvidando los propios deseos de felicidad y promoviendo la felicidad de los demás. Para ser santos es necesario vivir en armonía con la voluntad del Padre, alabándolo y agradeciéndolo sin pensar en el interés propio (*No se haga mi voluntad, sino la tuya*, Lc 22, 42). *Te alabo, Padre porque has revelado estas cosas a los pobres y a los humildes*, Mt 11, 25, etc.

Los sacerdotes tenemos que aprender que se obtiene intimidad cuando se tiene confianza y ésta llegará por sí sola sin buscarla directamente. La intimidad como tantos otros bienes auténticos de la vida es ante todo un don. Ya lo dijimos: *lo demás se os dará por añadidura*. Se prepara con la oración y con una vida coherente y se espera. Si uno se empeña en conseguirla *por puños* se le escapará entre los dedos de la mano como el agua o la felicidad. Si uno se obstina en conseguir la santidad cae en peligros espirituales. La intimidad como todas las cosas importantes es un regalo del Espíritu que no se puede ganar ni merecer con solo las fuerzas personales.

Los sacerdotes cuyos deseos de intimidad son dolorosamente insatisfechos corren también el riesgo que escuchar una falsa invitación y de entregarse a la búsqueda de aquello que ya está potencialmente en su corazón²⁹. En un cierto momento del itinerario espiritual del sacerdote la FP debe ayudarlo a descubrir dos dimensiones del deseo que inevitablemente elevan el alma a Dios:

- La **intimidad** como experiencia de unión con otro;
- La **trascendencia** como unión con todo lo creado.

Debe ayudar a experimentar la intimidad como cuando estamos delante del otro sin las conocidas defensas o máscaras; vulnerables, pero llenos de confianza. No sólo nos sentimos libres para compartir nuestros miedos y ansiedades más profundas, sino que incluso podemos manifestar aquello que es más personal, nuestros ideales y sueños más queridos, los pensamientos más nobles de nuestra alma. Es el momento en el que desaparece todo miedo y toda ansiedad. Casados y célibes, jóvenes y mayores, las personas tienen necesidad en su propia vida de otras personas que tengan *almas gemelas* o que puedan llegar a serlo.

Lo más normal es que el don y la gracia de la intimidad en el celibato se den en los sacerdotes que son emotivamente maduros. A su vez la madurez emotiva sirve de fundamento sólido para una auténtica vida espiritual e intelectual. La oración y la meditación, en una dinámica de sostenimiento recíproco, llevan el alma del sacerdote hasta un grado de madurez que ilumina su deseo de profunda y sincera amistad con los otros sacerdotes y con los laicos. La madurez emotiva sigue siendo la base de la auténtica madurez espiritual como claramente afirma el experimentado rector de Clevelans³⁰.

²⁹ Cozzen, oc, 60

³⁰ Cozzen, oc, 62-63

Es interesante anotar que, desde el punto de vista bíblico, nos confirman que *la madurez espiritual es amor profundo y amor inclusivo. Es la relación amorosa con Dios y con el prójimo, nacido de la lucha entablada para discernir dónde y cómo Dios está presente en la comunidad, en el ministerio, en el dolor, en las diferencias religiosas, políticas y en la propia culpabilidad. La madurez es entendida en sentido primario como cuestión de relaciones*³¹.

A la base de todo está el deseo de unión, un grito de intimidad: Si el sacerdote no tiene un amigo íntimo corre un serio riesgo y sus esfuerzos de permanecer unido espiritualmente a Dios, no compensarán la angustia existencial que atormenta su alma. En este momento es fácil -ya lo hemos insinuado- que el deseo humano de una relación romántica y/o sexual le condicione y domine. Muchas veces, las crisis de vocación son crisis de intimidad. Porque algunos sacerdotes sólo ven las dificultades de las relaciones célibes y se dejan llevar por el aislamiento con todas sus posibles consecuencias.

El cansancio continuo -el hastío- es una señal de que algo no va bien. A pesar de la energía del ministerio... se ha perdido la dimensión estática, el equilibrio. Para encontrarla se debe aceptar la propia pobreza que permite que los elementos trascendentes de la vida puedan revelar nuevos horizontes y abrir momentos de luz. La experiencia de la trascendencia es siempre estática; a veces se encuentra en momentos serenos de soledad, incluso en celebraciones comunitarias. El tiempo libre, el juego de los adultos, debería tener esa misma cualidad. Y, ¿por qué no?, la Formación Permanente.

Las auténticas experiencias de trascendencia tienen además un cierto efecto transformador y purificador. El alma, liberada de las fuerzas del miedo y de la ansiedad, se siente consolada y curada. Simone Weil en su libro *Attesa di Dio* nos ofrece la experiencia de que quince minutos de estudio concentrado pueden purificar el alma.

Es el kairós del que nos hablan los teólogos. El alma si está privada de experiencias trascendentes se repliega en aquellas que se crean artificialmente (alcohol, etc). El alma, el sacerdote, no ha sido tocado por la chispa divina que le lleva a la gratitud y a la maravilla. En la alegría de la íntima amistad el sacerdote experimenta la *santa comunión*. En estos momentos de unión y comunión en los que triunfa la gracia, el sacerdote

³¹ Cozzen, oc, 63

toca con la mano la riqueza y el enorme sacrificio del ministerio... Son acontecimientos de gracia que conducen a transformar... a hacer vivir en un *estado de gracia*³².

La Formación Permanente debería ofrecer modelos de estas relaciones, como:

- Giacomo di Sassonia y Diana D'Andolo;
- Thomas Merton y su enfermera M.

En el primer caso, sus experiencias de pasión contenida son un signo de la estabilidad de su amistad;

Merton en su diario refleja la profunda ambigüedad de su breve relación con la enfermera.

El dominico describe el elemento sublime de la amistad célibe.

El trapense su tormentosa ambivalencia.

Las cartas de Giacomo indican el ideal.

El diario de Thomas Merton subraya la complejidad y confusión en las que puede enredarse la amistad de una persona célibe.

La Formación permanente debe ser cauce para tratar estos temas y de presentar la **fidelidad** a la oración, el compromiso inamovible por el ministerio y la disposición a discutir su amistad y su intimidad con un director espiritual experimentado. La prudencia, la sinceridad y, sobre todo, la gracia de Dios pueden hacer madurar las amistades célibes en auténticas almas gemelas. Como Giacomo di Sassonia y Thomas Merton, los sacerdotes que han tenido el regalo de auténticas relaciones célibes descubren frecuentemente un cambio en su espíritu, una compasión y una fuerza que no conocían antes. No obstante la confusión y la ambigüedad que pronto o tarde afloran, a pesar del sufrimiento que acompaña inevitablemente la amistad y el amor humano, los sacerdotes que poseen el don de la intimidad célibe y afectuosa, agradecen a Dios por un regalo tan maravilloso que les han ayudado a crecer como hombres de Dios y de la Iglesia.

*La amistad es una manera de relacionarse que no responde a necesidades o urgencias biológicas, sino a necesidad de libertad, razón y diálogo*³³.

³² Cozzen, oc, 70

³³ Pecharromás, O., en El Progreso, 14 de Febrero, 2002, 3

El equipo sacerdotal que es la participación voluntaria de unas cuantas personas en una misma tarea, origina el diálogo... Este quehacer común, junto con la comunicación que se origina entre los miembros acaba, de ordinario en amistad, que es esa *privilegiada forma de relación personal en que se comparten ideas, actividades y proyectos; y, haciendo lo cual, los amigos se encuentran felices*³⁴.

Un modelo concreto de esta amistad sacerdotal es el de San Enrique de Ossó y el Beato Manuel Domingo y Sol. Así nos lo cuenta el biógrafo del primero:

Cuatro años le llevaba a don Enrique en edad y algunos más en los estudios cuando ambos se conocieron en el Seminario de Tortosa. Ello no fue obstáculo para que desde el primer momento les uniera una fervorosa amistad que no se interrumpió nunca. Don Manuel tuvo también el alma grande como el océano. En él y en don Enrique estaba pensando cuando escribí, al principio de este capítulo, sobre la amistad sacerdotal. Afectuosa y entrañable la que entre ellos medió y, sin embargo, no perdió nunca el sello de un aliento sobrenatural del que salieron mutuamente beneficiados. Jamás se empañó ni se debilitó por nada. Juntos trabajaron y, aun cuando en su marcha emprendieron diversas direcciones, dentro con frecuencia de los mismos campos, ni se produjeron interferencias molestas ni distanciamientos de evasión o indiferencia de uno con respecto del otro.

*Aunque muy amigos desde el Seminario, la diferencia de años y de clases hizo que no se conocieran del todo hasta iniciada la vida sacerdotal de don Enrique. Entonces la amistad se convirtió en compenetración y fusión de dos almas gemelas. Don Manuel era un fino catador de valores humanos y había llegado a comprender lo que podría ser Ossó andando el tiempo. No tuvo inconveniente ninguno, a pesar de su mayor antigüedad en la diócesis, en convertirse en auxiliar de don Enrique apenas este se lanzó al combate con aquel ardor sobrehumano con que le hemos visto actuar*³⁵.

³⁴ Ibid en Arlington Catholic Herald, 14 augus, 2003, 3

³⁵ González Martín, M., *Don Enrique de Ossó*. Barcelona, 1967, 2ª, 185-186

3.4. Acompañar y dejarse acompañar

El cardenal Jorge Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires y presidente de la comisión de la redacción del documento final de *Aparecida* nos recuerda que ser ardoroso misionero comprende nutrir a las ovejas por medio de la Eucaristía, la Palabra y la formación y hace notar que la formación es concebida como acompañamiento de los discípulos³⁶.

No está de moda la dirección espiritual o acompañamiento entre los sacerdotes. Tengo la impresión de que es una de esas cosas que dejamos voluntaria o descuidadamente olvidadas al abandonar el seminario. En un momento histórico y eclesial en que la espiritualidad presbiteral es de confianza y no de optimismo; de fidelidad y no de éxito, de servicio oscuro y hacer sosegado, como acertadamente afirma Monseñor Uriarte en sus análisis sobre nuestra realidad presbiteral actual, necesitamos aceptar el hecho de que nuestra connatural debilidad humana y religiosa exige dejarnos acompañar al mismo tiempo que estar preparados y disponibles para acompañar a otros³⁷.

Tiene mucho que ver este apartado con el de la amistad por una parte, y con la dirección espiritual o acompañamiento, por la otra. Pero ahora voy a fijarme solamente en este aprendizaje o conversión para dejarnos acompañar siempre sin repetir ideas tratadas en el citado tema de la amistad ni extenderme en un tratado teórico sobre la dirección espiritual.

Pues bien, frente a la decadencia de lo religioso y como consecuencia, la merma del relieve social del presbítero y el descenso notable de su autoestima, el sacerdote necesita lo que Béllet define como *una exigencia apasionada de ser reconocido y admitido*³⁸. El mismo Greshacke en su interesante libro *Ser Sacerdote* insiste en que la imagen social del presbítero se ha devaluado notablemente, pues *para la gran masa, el sacerdote es una especie de agente comercial que no consigue colocar su producto*³⁹.

³⁶ Bergoglio, J.M., *El mensaje de Aparecida a los presbíteros. Mensaje del cardenal en el V Encuentro Nacional de sacerdotes de Argentina*, del 14 de septiembre de 2008

³⁷ Uriarte, J.M., *Ministerio presbiteral y espiritualidad*. San Sebastián, 1999, 34-52

³⁸ Citado por Uriarte en oc, 44

³⁹ Greshacke, G., *Ser Sacerdote*. Sígueme, Salamanca, 2003, 19-24

Se explica que este déficit de autoestima y de falta de valoración social genere tristeza, cierto sentimiento de culpabilidad, resentimiento y, en casos límite, el abandono del ministerio. Aunque es cierto que estas reacciones vayan unidas a otras causas, no son menores y en todo caso, no deben ser minusvaloradas y menos ignoradas. Pero al mismo tiempo, estos sentimientos y reacciones pueden y deben ser purificadas, reducidas a sus justas dimensiones e incluso aprovecharlas en el itinerario formativo, siendo utilizadas por la FP como espacios privilegiados para la persona del presbítero. Por ello la FP debe subrayar como de especial valor la relación con la propia comunidad que tantas veces manifiesta al presbítero su propia estima sirviéndole como de medida preventiva. La relación fraterna entre sacerdotes, el ser tratados por el obispo como amigo, los encuentros de todo tipo programados o espontáneos son otros tantos medios a potenciar y aprovechar.

Con conocimiento de causa Monseñor Uriarte escribe que *por eso necesitamos promover formas de vida común, de oración compartida y de proyecto pastoral elaborado, evaluado y realizado en común con un grupo de presbíteros y de laicos*⁴⁰.

Ser sacerdotes y santos en medio del mundo es un milagro. Y este milagro no lo podemos hacer solos. En el caso del sacerdote diocesano, desde el comienzo de su ministerio y a medida que avanza por su camino, crece la convicción de que el *acompañamiento* es una necesidad vital y constante. Alguien en quien confiar los imprevisibles movimientos de nuestra existencia.

El llevar la dirección o el acompañamiento espiritual con regularidad y el estar dispuesto a darla con generosidad lleva consigo un coste o mejor una inversión a precio de disciplina, constancia, abertura de corazón y preparación seria en el caso del acompañante.

La FP debe favorecer el paso de su necesidad en la formación inicial a considerarla un valor *como herramienta preciosa* utilizable en todas las etapas de la vida. En todas las etapas y como instrumento pastoral a pesar de estar inmersos en un mundo en el que se intenta aniquilar la objetividad de los valores. También en la transmisión de los valores religiosos y sacerdotales el acompañamiento emerge como una necesidad más sentida cuanto más se desea profundizar en la fe y en el misterio del sacerdocio y en su ejercicio ministerial.

⁴⁰ Uriarte, oc, 49

El acompañamiento de Jesús a sus discípulos tiene como razón última el encuentro y la aceptación del misterio y la respuesta con El para aceptar la voluntad del Padre. Por ello Jesús vuelve una y otra vez al tema en sus conversaciones a solas con los suyos, incluso después de resucitado⁴¹. Se trata de conducir-acompañar a los suyos al encuentro de la verdad que libera como piedra angular de la propia vida y ministerio. A través de palabras y gestos, de escucha paciente de sus deseos y aspiraciones; de explicaciones detenidas a veces por caminos polvorientos o senderos personales de desencanto, los va llevando o devolviendo a Jerusalén para entender verdades y recuperar esperanzas.

Después de Jesús, apóstoles, confesores, obispos han ejercido el acompañamiento no sólo como maestros de la fe sino como simples acompañantes, caminantes al lado del otro, conformándose incluso con que les dejen caminar a su lado algún trecho de su camino explicando o en silencio, como Buck decía del acompañamiento a los adolescentes.

Desde esta perspectiva se rescatan los valores del acompañamiento evangélico y sacerdotal: la escucha, el cuestionamiento, la oferta de otras categorías (*No es como tú piensas...*) con la que medir la realidad ministerial sin marginar el horizonte último del misterio que emerge siempre al final de los relatos y que se constituye en clave interpretativa del mismo acompañamiento. En nuestro caso, la confrontación amorosa con Jesús de Nazaret con cuyo pastoreo nos hemos de configurar a lo largo de toda nuestra vida⁴².

Abriéndose y dejándose acompañar, el encuentro espiritual nos prepara a la apertura y al diálogo con el Señor; superada la realidad abstracta se llega a la comunión con El que *vence el mal, disipa las tinieblas y reanima el corazón*⁴³. Habremos pasado del gusto por/de Dios a la amistad que nos hace gustar la confianza y la fidelidad. Y una vez gustada hay que estar preparados para celebrarla, porque la celebración es el último tramo de la amistad y de la misma vida⁴⁴.

Ser sacerdotes y santos en medio del mundo es un milagro, y ese milagro lo haremos, y no se hará sin combates, tentaciones, penas, contra-

⁴¹ Comendador, J.F., Apuntes inéditos. México, 2008

⁴² Ibid.

⁴³ Rupnik, M., *Il discernimento. Prima parte*. Roma, 2001, 92

⁴⁴ Rupnik, M., *Alla mensa di Betania*. Roma, 2005, 104

dicciones, desmayos, temores, escrúpulos, decía el Beato Mosén Sol. Y añadimos, no haremos el milagro sin un buen acompañamiento.

3.5. La conversión pastoral

El documento de *Aparecida* nos recuerda que *obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a vivir con actitud de 'permanente conversión pastoral', que implica escuchar con atención y discernir lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias (Apoc 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta* (n. 366). Se trata de la conversión pastoral que está íntimamente unida al ardor misionero, al celo apostólico, a la fidelidad a la misión encomendada hasta el don de la propia vida (Cfr. n. 139).

El tema de la conversión pastoral no es nuevo. Desde los últimos decenios del siglo pasado se habla de desafíos pastorales que reclaman nuevas respuestas y la necesidad de renovación y revitalización de la acción pastoral. La llamada profética a la nueva evangelización que hizo el papa Juan Pablo II en Haití dio cauce a nuevas expectativas y él mismo, en la apertura de la Conferencia de Santo Domingo, advertía que *la llamada a la nueva evangelización es una llamada a la conversión*⁴⁵. El documento de dicha Conferencia lo expresa y formula como *conversión pastoral de la Iglesia* (n. 30). Es la misma idea que repite *Aparecida* insistiendo en la urgencia de la misma con aportaciones nuevas y sugerencias concretas, bajo el epígrafe de la misión.

Aunque la conversión pastoral afecta a todos y a todo, dejando ahora la conversión de las estructuras y los métodos pastorales, nos fijamos solamente en la conversión pastoral de las personas o el ardor misionero. Partiendo siempre de Cristo para propiciar un verdadero *renacimiento pastoral* (NMI, 28) y para que nos abra a la *gran esperanza* a la que nos llama Benedicto XVI (Spe Salvi, 27).

De esta forma, la conversión pastoral arranca de una experiencia personal con quien viene a nuestro encuentro, Jesucristo. Sólo con esta luz se puede superar *el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en la cual todo aparentemente procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando en mezquindad* (*Aparecida*, 12).

⁴⁵ Santo Domingo. Discurso inaugural, 1

Mario de Gasparín Gasparín, lo titula como *cambio de personalidad pastoral*⁴⁶. Tema complejo y profundo a la vez, pues toca a la interioridad de los pastores y sólo el Espíritu de Dios sabe lo que hay en el espíritu del hombre. Bien puede llamarse cambio de personalidad que exige cambio en la mentalidad, en los criterios de juicio, las actitudes, los hábitos de comportamiento, la escala de valores, las relaciones y las preferencias que subyacen en todo pastor.

Nos sirve muy bien el concepto bíblico de conversión que no es simple sentimiento religioso, sino un volverse dentro de uno mismo, escuchar su propio corazón y, el mismo tiempo, descubrir allí la voz del Padre que llama y espera. Es nada más y nada menos que *un viraje profundo de la nous humana, que se siente atraída y llamada a dejarlo todo y a volver a la casa paterna y experimentar a la Iglesia como una madre que sale al encuentro, como una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera*⁴⁷.

Este aspecto cálido y festivo tiene que ser generado por la conversión de los pastores. El citado documento de *Aparecida* lo expresa con términos evangélicos como experimentar la *belleza y la alegría* de ser cristianos o *la gratitud y alegría desbordante por el don de la fe* y, en nuestro caso por el don del sacerdocio y porque *conocer a Jesucristo por la fe es un gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado* (*Aparecida*, 18). El momento culminante de esta experiencia gozosa se manifiesta en la celebración de la Eucaristía, la fiesta cristiana por excelencia, cuyas expresiones necesitan de profundización y de purificación. Tarea en la que la FP puede y debe prestar una ayuda cualificada y puntual al mismo pastor.

Claro que la conversión pastoral de las personas debe desembocar necesariamente en la santidad como señala *Santo Domingo: el ardor apostólico de la Nueva Evangelización brota de una radical conformación con Jesucristo, el primer evangelizador; así, el mejor evangelizador es el santo, el hombre de las bienaventuranzas*» (n. 28). Juan Pablo II nos dice que «la santidad es más que nunca una urgencia pastoral» y que «poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias». Por ello subraya que para lograrlo se debe instaurar

⁴⁶ Garparín Gasparín, M., *La exigencia de una conversión pastoral en Aparecida* 2007. Luces para América Latina. Ed. Vaticana, 2008, 295-316

⁴⁷ Ibid y Documento de *Aparecida*, 370

una «pedagogía de la santidad verdadera y propia para que se abra a los fieles el acceso a ella (NMI, 30-31).

Aparecida señala que *hoy más que nunca el testimonio y la santidad son una urgencia pastoral* (368). Por ello, en la vida y formación sacerdotal habrá que hacer hincapié en la caridad del Buen Pastor, en la sintonía con los amores de Cristo Sacerdote, la armonía con la participación en un mismo sacerdocio, el seguimiento evangélico al estilo de los apóstoles, el carácter sacramental como signo permanente del amor esponsal de Cristo a su Iglesia, la presidencia espiritual de la comunidad eclesial en nombre de Cristo Esposo, la disponibilidad misionera local y universal. Sin estos datos, como señala Esquerda Bifet, no se podrá captar la actitud diocesana del sacerdote⁴⁸.

Como consecuencia de todo lo dicho, un buen programa de FP nos lo describe el papa Juan Pablo II refiriéndose a la tarea de los obispos con sus sacerdotes: *si un obispo concentrase sus cuidados más asiduos, más inteligentes, más pacientes, más cordiales, en formar, en asistir, en escuchar, en guiar, en instruir, en amonestar, en confortar a su clero, habría empleado bien su tiempo, su corazón y su actividad*⁴⁹.

También en este apartado nos vienen bien ajustados tres verbos que retomaremos al final:

- *Olvidar*, sin romper o despreciar
- *Aprender*, sobre todo, un nuevo estilo de vida y de trabajo;
- *Integrar*, vivir en actitud continua de aprender, no perder la *curiosidad*

⁴⁸ Esquerda Bifet, J., oc, 218-220

⁴⁹ Alocución en la inauguración de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: 24 de Agosto de 1968. Son las mismas palabras que se recogen en el Directorio para el Ministerio Pastoral de los Obispos (2004) 75-83

3.6. Convertirse a la belleza y a la contemplación

*Comportaos como hombres libres,
por los caminos de la gracia,
fascinados por la belleza*

Se trata ahora de proponer algunos puntos de reflexión sobre las formas estéticas en perspectiva de una formación religioso-sacerdotal inicial y permanente para el pastor y en el ejercicio de su ministerio.

Con frecuencia, impartiendo cursos para formadores, comentábamos esta necesidad. Nos costaba mucho entender que alguien incapaz de escuchar música buena, de contemplar detenidamente una obra de arte; si no siente la necesidad y tiene la capacidad de visitar un museo, de asistir a un concierto... Nos resultaba difícil admitir, que esa persona fuera capaz de hacer silencio, de escuchar la Palabra, de desarrollar la capacidad de contemplación, de acompañamiento y de otras capacidades que considerábamos imprescindibles para el sacerdote actual.

El profesor Gallagher escribe en una de sus obras: *Durante muchos años he tenido la sensación de que el principal obstáculo al credo cristiano no han sido nuestras ideas sino nuestro estilo de vida*⁵⁰. Ahora bien, el encuentro con la literatura, como el encuentro con la misma fe, el acercamiento al arte en sus mejores expresiones, exige un cierto grado de conversión contemplativa; aquella disposición a dejarse maravillar que si no se cultiva nos imposibilita o al menos nos dificulta enormemente para entrar en el *reino de la espiritualidad*.

El cardenal Newman afirmaba, ya hace más de un siglo, que las verdaderas batallas de la vida se deciden en el campo de la imaginación humana: ¿Cómo nos vemos? ¿Qué esperamos? ¿Cuál es el sentido de las cosas? Las respuestas más profundas, positivas o negativas, están en cómo imaginamos nuestra vida y no sólo en cómo la pensamos. Naturalmente se trata de la imaginación no de las imaginaciones. La misma fe es una forma de imaginación, lo que no quiere decir que sea imaginaria. Ya el libro de los Proverbios (29, 18) nos dice que *donde no hay revelación, el pueblo muere*.

Tengamos en cuenta, además, que la imaginación es la clave de la esperanza. La poesía de Dios es una llamada a formas nuevas de expresión.

⁵⁰ Gallagher, M.P., *La poesía humana della FEDE*. Paoline, Milano, 2004, 9

Porque Dios no habla solo en prosa pesada, con mensajes morales o ritos que se repiten mecánicamente, sino por medio de un amor imaginativo -creador- que levanta el vuelo por medio de acontecimientos que, sorprendiéndonos, nos liberan y que transportan al creyente -también al sacerdote- del éxodo a la resurrección. Para renovar el frescor necesitamos sumergirnos en mayores profundidades.

Pierangelo Sequeri, uno de los teólogos más relevantes de la Italia del norte, ha publicado dos volúmenes justamente con la intención de recuperar el valor de la estética en la dimensión religiosa⁵¹. Lo hace porque tiene la persuasión de que la fe no brota solamente de un acto de la razón (ex voluntate), sino también de la sensibilidad y del sentimiento, si es cierto que la estética deriva del griego *aistanomía*, que significa sentir.

El cristianismo, la única religión monoteísta que cree en la encarnación de Dios, no puede prescindir, en el acto de fe, de comprometer aquellos valores de la corporeidad como la citada sensibilidad, el sentimiento, los afectos. Por todo ello escribe Sequeri: *El problema de la verdad de los afectos es un problema exquisitamente religioso, aunque la teología no se ocupe de ellos como tema que afecta a la construcción originaria de la conciencia del creyente*.

Ahora bien, *la sensibilidad de la conciencia no se improvisa, porque es largo el camino que lleva a la pasión de la mente, más allá de la excitación de los sentidos. Este camino ha sido trazado y recorrido por la liturgia cristiana por medio de la música, la 'música sacra' porque, junto con el arte, acerca a lo sagrado*⁵². El comentarista de la obra de Sequeri, Galimberti, nos recuerda con el autor que no se puede ver a Dios, pero por medio de los sonidos de la liturgia es posible escucharlo. La música, en efecto, es una dimensión que tiene un privilegio sobre la visión, ya que ésta, limitándose a lo visible, no puede sobrepasar lo que tiene delante... la música, superando las distancias de la trascendencia y de la lejanía, se aloja muy cerca de la mística.

La música vive el momento, la sensación de los momentos que surgen uno tras otro a la extinción del anterior... Estos momentos no se dan ni se encuentran todos simultáneamente desplegados; uno vive la muerte del otro, como los signos de amor que se suceden cancelándose mutuamente. Porque esta es la condición del hombre, la auténtica condición, a

⁵¹ Se trata de las obras: *L'estro di Dio*. Ed. Glossa, 2000 y *Musica e mistica* E.Vaticana, 2006

⁵² Galimberti, U., *La passione per il sacro* La Repubblica, 29 Luglio, 2006, 39

quien no le es dado lo eterno sino por medio de rápidos y fugaces rayos de luz -transfiguraciones– y no precisamente elevándose sino encarnándose.

Galimberti hace una crítica exigente a nuestras liturgias al afirmar que *abandonando el esplendor de las antiguas ceremonias que intentaban acercarse o ser dignas de la belleza de Dios, hoy asistimos en nuestras iglesias a un nivel muy bajo de expresiones litúrgicas exentas de belleza con la consecuencia de no ofrecer motivos de seducción a la fuerza emotiva de los fieles que se encuentran así arrastrados a celebrar con vulgaridad aquellos acontecimientos de fe que debieran ser alimentados también con un valor estético acorde a los contenidos*⁵³.

Y ya que hablamos de liturgia, y de la música, ediciones Sígueme hace solo unos meses nos hizo un precioso obsequio con la publicación de la obra del benedictino Cassingena-Trevedy, F. con el título castellano: *La belleza de la Liturgia*⁵⁴. Al recomendar abiertamente su lectura a todos los seminaristas y sacerdotes, tomo algunas de sus consideraciones:

¿Qué se entiende cuando se habla de una 'liturgia bella'? ¿Se trata de una cuestión de gustos o colores en esta época de pluralismo en la práctica litúrgica, de mezcolanzas, de libertad extrema tanto en las celebraciones de los ritos como en la aplicación de las rúbricas?

Dependiendo de las sensibilidades eclesiales, de los caracteres personales, de los referentes sociológicos de las comunidades celebrantes, la expresión 'liturgia bella' no puede corresponder a una única realidad, y menos aún en su aspecto exterior...

¿Cómo orientarse en un universo en el que conviven muy próximos el estilo parroquial, al carismático, al 'juvenil', al tridentino, al orientalizante, al posconciliar progresista y quién sabe a cuántos otros... o incluso a la ausencia de estilo? A esto se añade que algunos entre quienes no tienen nada que ver con la Iglesia, den también su opinión. La liturgia siempre ha ejercido un extraño atractivo sobre sus observadores más discretos, más circunstanciales, los 'de fuera' o los que se encuentran en las fronteras de la Iglesia. No

⁵³ La traducción es personal

⁵⁴ *La belleza de la Liturgia*. Sígueme, Salamanca, 2008

cabe duda de que es posible considerar la liturgia desde un punto de vista exclusivamente estético, donde también los profanos pueden decir una palabra al respecto. El canto gregoriano bien interpretado seduce de forma instantánea a personas cultas y sensibles, pero asimismo toca en ocasiones el corazón de gentes menos formadas. Incluso ha habido épocas en las que se ha considerado signo de refinamiento intelectual y artístico asistir a determinadas celebraciones cantadas en algunos monasterios... Más, ¿dónde se sitúa el límite entre el esnobismo y la auténtica emoción estética? ¿Y entre la emoción estética y el verdadero sentido espiritual? Sin duda, siempre ha sido este un problema de difícil solución...

Porque el arte sacro auténtico se ha revelado históricamente como tributario de una teología subyacente que era su fuente de inspiración y de la cual se nutría, ya que la praxis litúrgica de la Iglesia constituye por regla general un elemento esencial de sus preocupaciones teológicas.

Con dar rienda suelta a la creatividad no es suficiente; nos deja aturcidos, desilusionados. Hace falta, por tanto, esforzarse en pensar una verdadera estética, o mejor, en redescubrirla volviendo a las fuentes que también para nosotros tienen autoridad. Dicha estética será la única capaz de orientar nuestro gusto incluso en los detalles más concretos y prácticos, además de someterlo a verificación de formas intrínsecamente cristianas, de modo que ya no sea caprichoso, sino evangélico⁵⁵.

La belleza de la liturgia, concluirá el monje benedictino, se encuentra en su airoso. Por tanto, si existe un canon estético que me gustaría recomendar es precisamente este, porque todo lo demás resulta evidente. Al mismo tiempo nos da un respiro. No debemos forzosamente ambicionar el oro. El barro también es bello. El barro de nuestros vasos sagrados, pero, sobre todo, el barro de nuestros gestos, la arcilla de nuestros gestos, de nuestra humildad cocida al fuego del Amor pascual que es el que nos solidifica y nos vincula a los unos con los otros. Se trataría de la *solemnidad de la simplicidad*. En fin, armonizados con el Amor y a través del Amor los unos con los otros, conscientes de expresar y de tener entre nuestras manos, con la libertad de los herederos, 'aquel inmenso tesoro de alegría y de belleza que es la Iglesia' (Paul Claudel), irradiemos la ale-

⁵⁵ Oc. 9-12

*gría de anunciar la muerte de Jesucristo y de celebrar su resurrección, hasta que él vuelva. Únicamente entonces, a través de él y de nosotros, nuestra liturgia resplandecerá*⁵⁶.

Estoy con el joven poeta y dominico Antonio Poena cuando escribe que *con la fe y con la confianza en Dios podemos discernir y entresacar cuanto de bello, nuevo, original... la vida nos ofrece. Porque la Belleza suprema ha sembrado su semilla en todos los terrenos. Todos.*

Sí, la Belleza Suprema ha sembrado su semilla en todos los terrenos, también en esos terrenos inhóspitos que los medrosos no se atreven a explorar. La misión de la literatura consiste en mostrar *la acción de la Gracia en un territorio propiedad en gran parte del demonio*, afirma la escritora católica Flanner O'Connor.

Juan de Prada añade que *si el arte católico ha entrado en decadencia en las últimas décadas es precisamente porque ha renunciado a adentrarse en terrenos inhóspitos; porque ha excavado trincheras y levantado murellas frente a ese territorio propiedad en parte del demonio donde, sin embargo, están también depositadas las semillas de la Belleza, donde también actúa incesantemente la Gracia. Entre tanto, antes de juzgar a las personas, dediquémonos a amarlas y a escribir sobre ellas, 'que escribir es amar y es rezar; escribir es salir en busca de las semillas de belleza que están ahí fuera, esperándonos...'*⁵⁷.

Los sacerdotes, testigos y confesores de mucha fealdad, no debemos perder la capacidad de descubrir tantas semillas de belleza ni la frescura de sembrarlas limpias aun en aguas pantanosas.

El documento *Via Pulchritudinis* del Pontificio Consejo de la Cultura nos introduce en el camino de la belleza. La belleza que suscita admiración y nos abre al reencuentro continuo con Dios y con Cristo, que es la auténtica conversión.

Al mismo tiempo la *Via Pulchritudinis* es un camino pastoral porque es capaz de sugerir quien es Dios y suscitar el deseo de contemplación⁵⁸.

⁵⁶ Oc, 92-94. Cfr. también, Bianchi, E.-*Santidad y Belleza en Palabras de vida interior*. Sígueme, Salamanca, 2006, 25-28

⁵⁷ De Prada, J.M.-*La semilla de la belleza* en XL Semanal de ABC, nº.1084 (3 de agosto de 2008) 8

⁵⁸ Tejerina Arias, G.- *La hora y los caminos de la belleza* en Ecclesia, 2432 (20 de septiembre de 2008) 6

Por ello urge dar atención a la belleza en todo el itinerario formativo -inicial y permanente- educando a la escucha, a la alianza entre el Evangelio y el arte *como nuevas epifanías de la belleza nacidas de la contemplación*⁵⁹.

Con una argumentación sólida el documento citado puede ser un buen libro de texto para el tema que nos ocupa *ya que deja incoada una teología, una espiritualidad y una pastoral desde lo bello que merecería toda atención en un curso de Formación Permanente*.

3.7. Aprender el arte de envejecer

*Cuando llegues a viejo, extenderás tus manos
y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras (Jn 21, 18).*

Así de claro se lo dijo Jesús a Pedro. Los padres sinodales del otoño de 1990 al referirse a los sacerdotes y los del 1996 refiriéndose a los religiosos, queriendo ser respetuosos, no utilizaron la palabra vejez. En uno y otro caso hablan de *edad avanzada*. Es de agradecer, aunque en PDV no les queda otro remedio lingüístico y añaden: *los que podemos llamar ancianos* (n. 77).

Pero también, para ellos tiene valor la FP, *no como compromiso de estudio, de actualización o de diálogo cultural, cuanto de confirmación serena y alentadora de la misión que también están llamados a llevar a cabo en el presbiterio*. Y por la posibilidad que tienen *de ser valiosos maestros y formadores de otros sacerdotes*.

Vida Consagrada pide un esmerado programa de apoyo espiritual. Y añade con mayor realismo que: *El progresivo alejamiento de la actividad, la enfermedad en algunos casos o la inactividad forzosa, son una experiencia que puede ser altamente formativa* (n. 70).

Sí, altamente formativa y altamente necesitada de programación. Aprender a envejecer es un arte difícil y delicado. Y no es nada fácil acompañar a quienes comienzan a transitar por el sendero de la senectud. Ya Cicerón en su conocido libro *De senectute* señala: *Cuatro motivos*

⁵⁹ Id. 7

por los que la vejez siempre resulta triste: primero, porque aleja de la actividad; segundo, porque debilita el cuerpo; tercero, porque niega casi todos los placeres y cuarto, porque no dista mucho de la muerte.

Enzo Bianchi añade otro motivo y que es éste: La era de la técnica ha desplazado y dejado fuera de lugar al adagio que unía vejez y experiencia y veía en el anciano el depositario de una memoria, de una experiencia que le convertía en elemento fundamental dentro del grupo social⁶⁰.

Inmersos como estamos en una sociedad dominada por el valor de la productividad, la eficacia y la prisa, el anciano se encuentra cada día más marginado haciendo que él mismo se sienta *una carga* para la familia, el grupo o la sociedad. El anciano pasa por *una especie de muerte de pura negatividad que es la 'jubilación', hasta un limbo en el que se nos define por lo que no es y lo que ya no hace.*

Es cierto que el discurso sobre la vejez es plural y que debe diversificarse en cada persona mayor; pero tampoco podemos ocultar el trauma psicológico que sufre quien pasa de la superactividad a la quietud forzosa. Tanto en laicos como en sacerdotes y obispos nos encontramos con el hecho de que este salto produce incluso situaciones depresivas, no siempre superadas por el peso interior de la espiritualidad.

Así como existen programas de FP para el clero joven, algunos grupos, sobre todo religiosos, han desarrollado otros proyectos mirando a los grupos de mayores, que, por otra parte, son cada vez más numerosos. Serán programas que contemplen la aceptación del nuevo estado; que preparen para no hacerse charlatanes y más bien para adquirir el hábito de callar; que ayuden a liberarse de las ansias de querer arreglar la vida de los demás; para preparar a obedecer y a liberarse de *memorias* que ya a nadie interesan; que, como dice un testigo *ayude a sellar mis labios para hablar de mis achaques y dolencias*. Es una edad, sin embargo, que debe y puede ser capaz de la escucha paciente de los relatos ajenos, de curar las heridas frescas de los jóvenes y las frustraciones de un activismo exagerado o de la rutina de los curas de mediana edad y ¿porqué no?, para ejercer la práctica del acompañamiento o dirección espiritual, esa función hermosísima que recordaba Pablo VI y que él mismo decía que *conserva siempre una importancia beneficiosa en todas las edades de la vida, cuando, junto a la luz y a la caridad de un consejo piadoso y*

⁶⁰ Bianchi, E.-*Palabras de vida interior*. Oc, 209

*prudente, se busca la revisión de la propia rectitud y del aliento para el cumplimiento generoso de los propios deberes*⁶¹.

El anciano, por no tener ya ambiciones, por no ser ni envidioso ni envidiado como dirán nuestros clásicos, mantiene su ración de dulzura que hace atrayente su palabra y su testimonio. Las cartas del cardenal Colombo al sacerdote Emilio Rivolta son un ejemplo del cura mayor que propone un alto ideal de santidad presbiteral junto a un profundo respeto y sentido de realismo y de equilibrio. Que sabe escribir a un amigo sacerdote joven diciéndole que *la vida sacerdotal es la más bella de las vidas cuando se vive en toda su plenitud* y al mismo tiempo baja a las pequeñas cosas como *el dejar de fumar, la puntualidad para levantarse en la mañana, el esfuerzo para el diálogo interior y continuo con el 'Huésped divino'*. A recordarle que *la gran santidad está hecha de pequeñas renuncias, de pequeños gestos de generosidad, pero continuas y sinceras*⁶². Sabe agradecer la oración por la madre que fallece y encomendar a la oración del coadjutor de campaña las preocupaciones del cardenal metropolitano.

La FP del anciano dada y recibida. Ni se puede olvidar al margen como destinatario de la misma, ni se debe prescindir de sus valores como cauce y medio para favorecerla. Si la FP prepara también al sacerdote para envejecer habrá hecho un gran servicio. ¡Ojala! que la formación prepare para poder rezar, como una religiosa inglesa del siglo XVII esta oración que es plegaria y es síntesis de una vida plena:

Señor, tú sabes mejor que yo que comienzo a ser vieja y que un día lo seré verdaderamente.

Líbrame de la funesta costumbre de pensar que tengo algo que decir sobre cada tema y sobre cada situación.

Líbrame del deseo de querer arreglar los asuntos de otro.

Hazme prudente y o melancólica.

Haz que sea compasiva y no entrometida.

⁶¹ Citado en PDV, 81

⁶² Colombo, G., *Spiritualità Sacerdotale. Lettere a un presbitero e due saggi sulla Direzione Spirituale*. Glossa, Milano, 2006, 85 y 101

Dado lo que sé, me parecería una falta el no hacer uso de mis conocimientos, pero tú sabes que de lo que tengo necesidad es de algunos amigos.

No me dejes repetir indefinidamente detalles fútiles.

Pon un sello en mis labios cuando quiera hablar de mis penas y disgustos personales; algunos, cuando más pasan los años, aumentan y experimento yo también la tentación de enumerarlos.

No me atrevo a pedirte la gracia de escuchar con gusto la historia de las miserias de los otros, pero ayúdame a que les preste al menos un oído paciente.

Tampoco me atrevo a pedirte una mejor memoria, pero concédeme un gramo de humildad y menos presunción cuando mi memoria parezca entrar en conflicto con los recuerdos de mis hermanas.

Enséñame la ciencia magnífica que consiste en reconocer que, a veces, puedo equivocarme.

Hazme amable, por lo menos en un modo razonable. No quiero llegar a ser tal santa en particular. Algunos santos no constituyen una compañía agradable. Por otra parte yo sé que un viejo refunfuñador es uno de los inventos más triunfales del diablo.

Dame el poder ver las cosas buenas en lugares inesperados y de descubrir talentos en las personas en las que no se espera.

Y, en fin, Señor, dame la gracia de decírselo a ellas. Amén.

José Luís Martín Descalzo que sin llegar a la ancianidad, sí se encontró con la debilidad física y la limitación de estar dependiendo de otras personas y de una máquina, no se resiste en su artículo *El sol de la ancianidad* a regalarnos la oración de la tercera edad de José Laguna Menor y a ofrecernos un brevísimo y lapidario comentario:

Señor, enséñame a envejecer como cristiano. Convénceme de que no son injustos conmigo los que me quitan responsabilidades, los que ya no piden mi opinión, los que llaman a otro para que ocupe mi puesto. Quítame el orgullo de mi experiencia pasada y el sentimiento de sentirme indispensable. Pero ayúdame, Señor, para que siga siendo útil a los demás, contribuyendo con mi alegría al entusiasmo de los que ahora tienen responsabilidades y aceptando mi salida

de los campos de actividad, como acepto con naturalidad sencilla la puesta del sol. Finalmente te doy gracias, pues en esta hora tranquila caigo en la cuenta de lo mucho que me has amado. Concédeme quemare con gratitud hacia el destino feliz que me tienes preparado. ¡Señor, ayúdame a envejecer así!

¿Hay algo que añadir a esta hermosura de texto? Sí, hay algo: hay que vivirlo. Y ¡qué difícil es envejecer con esa alegre naturalidad!⁶³.

Un buen amigo al que comenté mi deseo de hablar o escribir sobre el arte de envejecer me envió la siguiente comunicación. La ofrezco porque entiendo que puede ser un buen esquema para un programa de FP para la tercera edad:

APRENDER A ENVEJECER

- **Cuidarás tu presencia todos los días.** Viste bien, arréglate como si fueras a una fiesta. ¡Qué más fiesta que la vida!

- **No te encerrarás en tu casa ni en tu habitación.** Nada de jugar al enclaustrado o al preso voluntario. Saldrás a la calle y al campo de paseo. El agua estancada se pudre, y la máquina inmóvil de enmohece.

- **Amarás el ejercicio físico como a ti mismo.** Un rato de gimnasia, una caminata razonable dentro o fuera de casa. Contra inercia, diligencia.

- **Evitarás actitudes y gestos del viejo derrumbado.** La cabeza gacha, la espalda encorvada, los pies arrastrándose. No. Que la gente diga un piropo cuando pases.

- **No hablarás de tu vejez ni te quejarás de tus achaques.** Acabarás por creerte más viejo y más enfermo de lo que en realidad estás. Y te harán el vacío. Nadie quiere estar oyendo historias de hospital. Deja de autollamarte viejo y considerarte enfermo.

- **Cultívale en el optimismo sobre todas las cosas.** Al mal tiempo, buena cara. Sé positivo en tus juicios, de buen humor en tus pala-

⁶³ El texto se encuentra en Martín Descalzo, J.L., *Razones para orar*. Sígueme, Salamanca, 2008, 91

bras, siempre el rostro alegre, amable en tus gestos. Se tiene la edad que se ejerce. La vejez no es cuestión de años sino de un estado de ánimo.

- Tratarás de ser útil a ti mismo y a los demás. *No eres ni un parásito ni una rama desgajada voluntariamente del árbol de la vida. Bástate hasta donde sea posible y ayuda. Ayuda con una sonrisa, con un consejo, con un servicio.*

- Trabajarás con tus manos y tu mente. *El trabajo es la terapia infalible. Cualquier actitud laboral, intelectual, artística... es una medicina para todos los males, la bendición del trabajo.*

Termino este apartado con dos testimonios. Uno de Baltasar Gracián quien al final de su obra *Oráculo moral* (1647) escribe:

Es sabio abandonar antes de que te abandonen, formulando así una ley dura de practicar, la de saber retirarse 'al bosque', o sea en el silencio, cuando se llega a una etapa avanzada de la edad en la vida, como enseña una antigua máxima de la India.

El Beato Mosén Sol, fundador de la Asociación Sacerdotal Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y del Pontificio Colegio Español de San José de Roma, predicando a los suyos cuando querían reelegirle director de la asociación:

He estado siempre convencidísimo de que, faltando yo, y no es efecto de humildad, la Hermandad irá mejor... Una cosa es la iniciativa que Dios da a quien quiere, y otra la conservación y el desarrollo, que Dios concede a los que elige para ello⁶⁴.

Para escribir creyendo lo que hemos citado anteriormente en estos autores, hacen falta muchos quilates de humildad y una espiritualidad nada común. Los psicólogos nos definen esta etapa como *el deseo liberado*, *el amor hasta el fin: deseo realizado*. Ya no es vivir por amor, ni siquiera con amor, sino *en el amor*. Aproximación certera y bella la expresión⁶⁵.

⁶⁴ Cencini. A., *Por amor, con amor, en el amor*. Ed. Atenas, Madrid, 1996

⁶⁵ Escritos, I, 5º, 34 y 41 y en *Pláticas a los Operarios*. Sígueme, Salamanca, 2002, 311

San Juan de la Cruz lo pone en boca de la esposa:

*Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio*⁶⁶.

La Formación Permanente tiene que servir, entre otras cosas, para ayudar a las personas a **defenderse de las violencias** propias de esa etapa de la vida:

- La violencia **Física** de enfermedades y el declinar de las fuerzas.
- La violencia **Social** del retiro forzado, pasar a segundo plano, quedarse con papeles secundarios, convertirse en comparsa.
- La violencia **Espiritual** de perder la memoria y el interés. Sentirse inútil, más aún, una carga. De sentirse **culpable** de su enfermedad, de su debilidad, del olvido.

La Formación Permanente tiene que ayudarle a **dominar los demonios interiores**:

- El desear que le admiren su saber acumulado;
- El querer suplir con el poseer lo que le falta de ser.

La Formación Permanente debe ayudarle a buscar y a dejarse llevar por los Ángeles buenos:

- Contra el afán de poseer, **el desprendimiento**;
- Contra el vano honor, **el silencio y la discreción**;
- **Aliento y apoyo a los jóvenes**;
- Contra irritación, **compasión y tolerancia**⁶⁷.

En definitiva, ayudarle a que la vejez no sea solo **una larga decadencia** (V. Aleisandre).

⁶⁶ San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 19 (28), en Obras Completas. Sígueme, Salamanca, 1992, 58

⁶⁷ En su libro *La Esperanza. Meditaciones bíblicas para la Tercera Edad*. Sal Terrae, Santander, 1992, 11-12

IV. HACIA UNA CULTURA DE LA FORMACIÓN PERMANENTE QUE SEA DE FIDELIDAD Y CONVERSIÓN

En el aún reciente documento de *Aparecida*, cuando intenta definir la identidad del presbítero respecto a la comunidad lo hace con estos rasgos: en primer lugar como don (193, 336) en contraposición a delegado o simple representante. En segundo lugar destaca la fidelidad a la invitación del Maestro contraponiéndola a la gestión (372).

Como **don** se acepta y agradece, como respuesta al **misterio** se profundiza y se deja sentir el estupor del mismo. Agradecimiento y estupor permanentes que reciben el nombre de **fidelidad**. Son los tres vocablos que resumen la **conversión permanente del presbítero**. Sin olvidar que uno de los nombres de la educación-formación es precisamente **conversión**.

Santa Teresa de Jesús nos dice que *quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que puede ofrecer es la propia vida*. La fidelidad que no es estática sino que *es la virtud que ennoblece el amor*⁶⁸.

La FP puede colaborar para que *el mundo actual -que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo. Recobremos el valor y la audacia apostólicos* (n. 552).

Estoy totalmente de acuerdo con el maestro en FP, Amedeo Cencini cuando declara: *Sí. Me turba, sobre todo, la falta de una cultura real de formación permanente, de una mentalidad y sensibilidad en tal sentido, de una espiritualidad de formación permanente. Se habla mucho de este tema, pero se termina por reducirlo a algún curso de actualización, de renovación espiritual o de recuperación psicológica. Desgraciadamente se sigue pensando en la formación permanente como en una manera de adaptación-inserción progresiva de los jóvenes en la realidad pastoral-ministerial. Se olvida que cada edad de la vida tiene necesidad de ser*

⁶⁸ Juan Pablo II en Montevideo el 1 de Abril de 1987

*acompañada y sostenida, sobre todo la última etapa, la que nos prepara para el encuentro definitivo y que significará la conformación plena, a través de la muerte, con la vida del Hijo, son sus sentimientos*⁶⁹.

Sí, debemos caminar hacia una **cultura de la Formación Permanente que una la cultura de la fidelidad y de la conversión**. Lo señala claramente la Exhortación Apostólica PDV:

*La formación permanente ayuda al sacerdote a superar la tentación de llevar su ministerio a un activismo finalizado en sí mismo, a una prestación impersonal de servicios, sean espirituales o sagrados, a una especie de empleo en la organización eclesial. Sólo la Formación Permanente ayuda al sacerdote a **custodiar con amor Vigilante el 'misterio' del que es portador para el bien de la Iglesia y de la humanidad** (n. 72).*

CONCLUSIÓN

La formación, toda formación, es un proceso continuo que comienza con el asomo del hombre a la vida y termina sólo cuando se pierden las condiciones vitales.

Debemos acordar que en el ámbito sacerdotal, a este proceso se le propone una doble finalidad:

- Ayudar al sacerdote a **estructurar** su personalidad presbital dándole elementos para su unidad y equilibrio.
- Ayudarle para que pueda **asumir**, cada vez con mayor profundidad que el eje orientador de su vida ministerial ha de ser la **cari-dad pastoral**.

Para la consecución de estos fines, la FP debe programar los medios necesario que favorezcan en el presbítero, entre otras, las siguientes actitudes:

- **Olvidar**, sin romper ni despreciar el pasado, tampoco el suyo;

⁶⁹ En las declaraciones: *Urge crear una cultura de la Formación Permanente*, en Vida Religiosa, Junio, 2006, nº /6, vol. 101

- **Aprender**, sobre todo un nuevo estilo de vida y de trabajo pastoral;
- **Integrar**, que quiere decir seguir viviendo en actitud de búsqueda permanente para seguir aprendiendo y no perder nunca la *curiosidad* por saber.

El Papa Benedicto XVI se refería a la formación de los sacerdotes hablando a los obispos franceses y les recordaba que en ella no deben olvidar *que la vida espiritual es el fundamento de su vida apostólica*. Al mismo tiempo les aconsejaba *estar atentos a su formación humana, intelectual y espiritual y a sus recursos para vivir*⁷⁰.

A los sacerdotes les invitaba a cuidar la liturgia *ya que la belleza de los ritos nunca será lo suficientemente esmerada, lo suficientemente cuidada, elaborada, porque nada es demasiado bello para Dios, que es la Hermosura infinita*⁷¹.

En el ámbito civil es interesante notar lo que ha ocurrido desde la reunión de Montreal de 1960 a 1996. En efecto, en el informe preparado en este año sobre la educación en el siglo XXI, los expertos señalan que es preciso comprender el hombre bajo una luz nueva, superando los ritmos y los tiempos tradicionales de la educación (la educación básica, la educación profesional, y la educación permanente).

La educación, dicen, se convierte entonces en algo consustancial a la existencia humana, haciéndose presente en todos los momentos de la vida: la educación, sin límites temporales, se convierte entonces en una dimensión de la vida misma.

En el campo de la Iglesia y refiriéndonos concretamente a la FP, tiene razón el comentarista del Sínodo sobre la formación sacerdotal al decirnos que es la primera vez que se aborda el tema en las más altas instancias eclesíásticas⁷².

El capítulo VI de PDV, formación permanente de los sacerdotes, dice Sánchez Chamoso en su comentario al mismo que es *el tratado más*

⁷⁰ Benedicto XVI el 14 de Septiembre de 2008 a los obispos franceses en Lourdes. Ecclesia, 3433 (27 de septiembre de 2008) 31

*completo, globalizante, sugestivo y programático que conozco sobre el tema, que ha ampliado notablemente el mismo debate sinodal*⁷³.

Podemos concluir, por tanto, que el Sínodo que da origen a la Exhortación Apostólica PDV y la publicación de la misma es el punto de flexión sobre la formación permanente de los sacerdotes.

Juan Pablo II en sus discursos a los sacerdotes de Roma desarrollará e impulsará decididamente el contenido y la metodología de la misma.

Nuestra responsabilidad es ahora la de convertir la FP en un instrumento actualizado de ese proceso vital sabiendo que exige constancia en la **fidelidad** y valentía para la **conversión**.

⁷¹ Benedicto XVI, 12/09/2008, a los sacerdotes. Ecclesia, id, 21

⁷² Rubio Morán, L., *Impresiones de un observador en Sem en Seminarios*, 125-126 (1992) 402-403

⁷³ Sánchez Chamoso, R., *La Formación Permanente en PDV en Seminarios*, 125-126 (1992) 402-403